

La mujer que no envejecía

GRÉGOIRE DELACOURT

Traducción:
ROSA ALAPONT



MAEVA

Carta a mis lectores

DESPUÉS DE *LA lista de mis deseos* y *Bailar al borde del abismo*, me he puesto de nuevo en la piel y el corazón de una mujer.

En un momento en que todas se unen por fin a lo largo y ancho del mundo para denunciar las injusticias de que son víctimas, *La mujer que no envejecía* expone otra más: la imposición de que nunca dejen de parecer jóvenes.

No hay una sola revista femenina que en cuanto llega el buen tiempo no muestre en la portada estos titulares: «Siempre joven», «Recupera la silueta de los veinte años», «Nuestros trucos para frenar el paso del tiempo», etcétera.

Como si la belleza solo fuera cuestión de edad.

Betty, la narradora del libro, a medida que cumple años, descubre que a partir de los treinta deja de envejecer. Su apariencia será la de una mujer joven durante mucho tiempo, aunque por dentro su cuerpo sí acusará los estragos de la edad. De lo contrario sería demasiado fácil.

Ahora bien, ¿y si lo que parece ser el sueño de todas las mujeres (no envejecer) se revelase como algo realmente trágico? ¿Seguiría «viva» una mujer en un mundo que continuara avanzando y en el que ella permaneciera «inmutable»? ¿Sería agradable tener un marido que

envejeciera sin ella? ¿Un hijo que un día cumpliera su misma edad? ¿Resultaría excitante que la sedujeran hombres de treinta años cuando en realidad les dobla la edad?

En esta novela aporto respuestas en un tono que oscila entre la emoción y el desenfado, y que, hasta el momento, ha gustado mucho a mis lectoras, sobre todo cuando, tras haber cerrado el libro, me comentan, aliviadas: «Me alegro de tener mi edad».

Este libro es la prueba de que «la vejez es una victoria». Y tanto mejor así. Gracias a cada uno de vosotros por leer la historia de Betty y compartir esa buena noticia en vuestras librerías, en vuestros periódicos, en las redes sociales...

¡Las buenas noticias escasean!

Grégoire Delacourt

*Este libro es para mi madre; hace demasiado tiempo que no
envejece y, sobre todo, le encantaba el siete.*

La mujer que comparte mi cama
hace mucho que dejó de tener veinte años [...]
Y es su corazón,
cubierto de llanto
y heridas
lo que me tranquiliza.

Georges Moustaki, *Sarah*

DE UNO A TREINTA Y CINCO

CON UN AÑO, aparentaba perfectamente mi edad.

Una encantadora cosita de setenta y cuatro centímetros, dotada de un peso ideal de nueve kilos trescientos, con un perímetro craneal de cuarenta y seis centímetros, cubierto de rizos rubios y un gorrito, cuando soplabla el viento.

Además de la lactancia materna, consumía más de medio litro de leche al día. Mi alimentación se había enriquecido con algunas verduras, hidratos de carbono y proteínas. Para merendar, una compota casera, de vez en cuando con trocitos que se fundían contra el paladar como un sorbete.

Con un año, también di los primeros pasos, una fotografía lo atestigua; y mientras yo brincaba como un cervatillo torpe y tropezaba de vez en cuando por culpa de una alfombra o una mesita baja, Colette y Matisse pasaban a mejor vida, Simone de Beauvoir ganaba el Goncourt y Jane Campion venía al mundo, sin saber que me conmovería treinta y nueve años después, al colocar un piano de cola en una playa de Nueva Zelanda.

Con dos años, mi curva de crecimiento colmó de orgullo a mis padres y al pediatra.

Con tres años, cuatro segundos molares se añadieron en mi boca a mi colección de dientes, que contaba ya con

ocho incisivos, cuatro primeros molares y cuatro caninos, aunque mamá prefería seguir triturando las nueces y las almendras que le pedía, por miedo de que me atragantara.

Medía casi un metro, noventa y seis centímetros para ser exactos, mi peso era notable desde un punto de vista estadístico: catorce kilos repartidos con delicadeza; el perímetro de mi cráneo se establecía en cincuenta y dos centímetros según mi ficha médica, y la estancia de papá en Argelia se prolongaba. Nos enviaba cartas tristes, fotos suyas rodeado de amigos: a veces fuman, a veces ríen, y en otras se les ve melancólicos, tienen veintidós, veinticinco, veintiséis años, parecen niños disfrazados de personas mayores.

Da la impresión de que no envejecerán jamás.

Con cinco años, hacía las cosas que le tocaban a una niña de esa edad. Corría, saltaba, pedaleaba, trepaba, bailaba, tenía las manos ágiles, dibujaba bien, argumentaba, sentía curiosidad por todo, reprendía las palabrotas, me vestía como si tuviera siete años y estaba orgullosa de ello. Se produjo una insurrección en Argel y papá regresó.

Le faltaba una pierna y no lo reconocí.

Con seis años y medio, perdí los incisivos y mi sonrisa oscilaba entre la mueca y la imbecilidad. Dejo a un lado el sabor a hierro en la boca, el ratoncito Pérez, las monedas de un franco debajo de la almohada.

Con ocho años, los documentos indican que medía un metro veinticuatro centímetros de estatura y pesaba veinte kilos. Vestía blusas de punto, faldas de vichí, un vestido sencillo y, los domingos en los que tocaba ir elegante, un vestido de tafetán de seda. Revoloteaban lazos en mi pelo, como mariposas. A mamá le gustaba

fotografiarme, decía que la belleza no perdura, que siempre alza el vuelo, como un pájaro que escapa de una jaula, que es importante recordarla; importante agradecerle que nos haya elegido.

Mamá era mi princesa.

Con ocho años, tenía conciencia de mi identidad sexual.

Sabía diferenciar la tristeza de la decepción, la alegría del orgullo, la cólera de los celos. Sabía que me hacía desgraciada que papá siguiera sin atreverse a sentarme en sus rodillas, a pesar de su nueva prótesis. Conocía la alegría cuando él estaba de buen humor; entonces jugaba a ser John Silver el Largo, me narraba los tesoros, los mares y las maravillas. Conocía la decepción cuando él sufría, cuando estaba de mal humor, cuando se convertía en un John Silver el Largo colérico y amenazador.

Con nueve años, aprendí en el colegio cómo se desplazaban y alumbraban los hombres en vísperas de la Revolución, nos contaron la fuga de Gambetta en globo, y que por encima de nuestras cabezas un ruso daba vueltas en el espacio; más tarde daría su nombre a un cráter de doscientos sesenta y cinco kilómetros de diámetro.

Con diez años, parecía rabiosamente una niña de diez años. Soñaba con que me cubriera la frente el flequillo de Jane Banks en *Mary Poppins*, que habíamos ido a ver en familia al cine Le Royal. También soñaba con un hermano o una hermana, pero papá no quería tener más hijos en un mundo que mataba a los niños.

Nunca nos hablaba de Argelia.

Había encontrado trabajo de cristalero, «un equilibrista sobre la escalera», decía riendo, «¡no será una pierna de menos lo que marque la diferencia!». Se caía con frecuencia, echaba pestes contra la absentia, y cada peldaño

ascendido significaba una victoria. «Lo hago por tu madre, para que se dé cuenta de que no soy un tullido.» Le gustaba mucho mirar a la gente. Observarla. Lo tranquilizaba comprobar que el dolor estaba por todas partes. Que muchachos de su edad habían regresado de Argelia con heridas incurables, el corazón arrancado, la boca cosida para no hablar, los párpados pegados a fin de no revivir los horrores.

Acrystalaba los silencios como se cierran las cicatrices. Mamá era hermosa.

A veces volvía con las mejillas encendidas. Entonces, John Silver el Largo rompía un plato o un vaso, después se disculpaba por su torpeza entre lágrimas, antes de recoger los añicos de su pena.

Con diez años, medía un metro treinta y ocho centímetros con tres milímetros, pesaba treinta y dos kilos y medio, mi superficie corporal se aproximaba al metro cuadrado, una micra en el universo. Era agraciada, cantaba «Da dou ron ron» y «Be-Bop-a-Lula» en la cocina amarilla para hacerlos reír, y una noche papá me sentó en su única pierna.

Con doce años, comprobé que las areolas se ensanchaban y se oscurecían; noté que dos pezones nacían en mis pechos.

Mamá empezó a llevar faldas que le dejaban al descubierto las rodillas, gracias a una tal Mary Quant, de Inglaterra; no tardaron en revelar sus muslos casi por completo. Tenía las piernas largas y pálidas, y yo rogaba por llegar a tenerlas igual.

Algunas noches no volvía, y papá ya no rompía platos ni vasos.

Su trabajo iba bien. Ya no se encargaba solo de reparar bastidores o sustituir los cristales rotos a causa de una

tormenta o un acto malintencionado, sino que ahora colocaba también las ventanas de los chalés modernos que proliferaban en los alrededores de la ciudad y que atraían a nuevas familias, automóviles, rotondas y a algunos ladrones.

Le habría gustado que abandonáramos nuestro piso para instalarnos también nosotros en uno de esos chalés nuevos. «Disponen de jardín y espaciosos cuartos de baño —decía—, así como de cocinas completamente equipadas. Tu madre sería feliz.» Era cuanto él esperaba. Entre tanto, había comprado un televisor Grandin Caprice, y ambos veíamos, fascinados, *Le Mot le plus long* y *Le Palmarès des chansons*, sin hablar de ella, sin esperarla, sin alegría.

Luego cumplí trece años.

A principios de verano mamá fue a Le Royal con una amiga a ver la película de un joven cineasta de veintinueve años.

Un hombre y una mujer.

Cuando salió de la sala reía, cantaba, bailaba en la calzada, y un Ford Taunus de color ocre se la llevó por delante.

Acababa de cumplir treinta y cinco años.

Yo creía que ella era inmortal.

Con trece años, envejecí de golpe.

SENTÍ FRÍO.

La habitación estaba tenuemente iluminada y mamá descansaba en una cama que tenía el aspecto de ser dura; sus piernas largas, su cuerpo, cubiertos con una sábana blanca. La belleza de sus rasgos seguía estando ahí, y, sin embargo, ella había alzado el vuelo. Más tarde supe lo que hacían los empleados de pompas fúnebres para mantener la imagen de apacibilidad, la ilusión de la vida: inyecciones hipodérmicas mediante jeringuilla, con el fin de restablecer la apariencia natural del rostro mediante el procedimiento de levantar las carnes hundidas, como el lóbulo de las orejas, las mejillas o la barbilla, un procedimiento que también permitía devolver las redondeces al difunto, en el caso de que hubiera adelgazado mucho durante el período anterior a su fallecimiento.

Lo que no era el caso de mamá. Simplemente nos la habían arrebatado. La habían desarticulado.

Papá lloraba; rodeé con mis brazos su gran cuerpo paticojo de pirata. Nos reconfortamos en el silencio.

Yo no lloré porque mamá decía que las lágrimas deforman el rostro.

Más tarde se quitó el abrigo y cubrió con él el cuerpo de mamá. «Aquí va a coger frío», dijo, y fue él quien cogió frío ese día.

Su corazón se convirtió en un guijarro.

Yo no me atrevía a hablarle a mamá en voz alta en aquella habitación horrible; en un rincón en penumbra, había un ramo de flores de plástico, sin perfume, sin rocío, y un cuaderno para escribir gritos que ella no leería. Se oía el estertor entrecortado del aire acondicionado.

Dejé que las palabras golpearan contra mi pecho, se ahogaran en mi garganta y escaparan de mis labios en forma de tenue vaho; después me despedí de ella, como se dice adiós antes de partir a la guerra, y salí a la calle, al ruido de los coches asesinos, la dulzura de la primavera, los olores del verano que ya se anunciaba; y de repente papá se situó a mi lado, inmenso como un roble.

En el café de la esquina pidió una jarra de cerveza que se bebió de un trago, yo tomé una gaseosa con sirope, y él también pidió un *kir*, que dejó sobre la mesa, a ella le encantaba el *kir*, y con la mezcla de la borrachera en ciernes y la pena, soltó: «Que no esté aquí no significa que haya dejado de estar».

Con trece años comprendí lo que significa estar solo.

Más tarde llegó la familia. El hermano de mamá, que vivía en Talloires y preparaba coches para *rallies*. Iba acompañado de una mujer que no era la suya; se parecía a la intérprete de una canción de moda, «La maison où j'ai grandi», que mamá y yo cantábamos a grito pelado, histéricas, con cucharas de madera como si fueran micrófonos. Llegaron también de Valenciennes los padres de papá, con la piel gris como el cielo del norte, los ojos oscuros como el esquisto, agarrados el uno al otro, dos bálanos sobre una roca. Estaban preocupados por su hijo: «No será fácil encontrar a alguien, con una niña y una sola pata, desde luego». «Desde luego», asintió el otro.

Y eso fue todo.

Nuestra familia era una especie en vías de extinción. Una flor que ya no se abría por la mañana.

Se ofreció un vino en casa después del entierro, y unos amigos de mamá trajeron pasteles, recuerdos, porque es necesario rememorar las cosas hermosas si quieres seguir adelante. Seguir vivo.

Marion, con quien mamá había ido a ver la película de Claude Lelouch, me regaló una foto suya. Era una instantánea en color, hecha con esas cámaras nuevas Polaroid. Mamá delante de Le Royal. Mamá que sonrío al objetivo. Mamá con un flequillo pelirrojo y un vestido de Cardin. Mamá dos horas antes del Ford Taunus. Mamá hermosa. Tan hermosa. Inmortalmente hermosa.

Con trece años, comprendí que la belleza no dura.

CON QUINCE AÑOS, gracias a Dios, las hormonas adolescentes no afectaban a mi humor, mis estados de ánimo o mi comportamiento.

Por lo tanto, ni era agresiva, ni rebelde, ni estaba sobreexcitada, ni me sentía mal conmigo misma, ni siquiera era hipersensible o llorona, aunque confieso haberme deshecho en lágrimas con el final de *El graduado*, cuando Dustin Hoffman grita: «¡Elaine! ¡Elaine! ¡Elaine!»; pero fue por otros motivos.

Con quince años, me convertí en una adorable jovencita, con la cruel ausencia de mamá, sin sus consejos para vestirme, maquillarme, estrenarme en las primeras depilaciones, saber qué responder y qué no a los hombres de la edad de papá, ávidos, que querían compartir una limonada conmigo; o a los chicos de mi edad, apresurados, encantadores y torpes, que soñaban con lo desconocido, con el azar, con pechos, sobre todo, y tarareaban el último Dylan para fardar: «I'll Be Your Baby Tonight».

Mamá no tuvo tiempo de enseñarme el ansia de los hombres, los suspiros de las mujeres.

Con quince años, conocí mis primeras penas de amor.

Escribí una carta de despedida al causante de mi dolor y otra al mundo entero, que, decididamente, no entendía nada.

Le robé a papá una hoja de afeitar, envuelta en papel encerado; en el momento en que me apoderé de ella, hizo brotar una perla de sangre en la yema de mi pulgar derecho, me quedé petrificada y todo volvió a la normalidad.

Echaba de menos a mamá, sus brazos, su aliento, me sentía huérfana de cada uno de sus poros, de cada cabello, de cada sílaba con la que no había tenido tiempo de obsequiarme; al igual que papá, por entonces caminaba con una sola pierna.

La suya, no obstante, lo condujo hasta Françoise, cuarenta años, divorciada, un hijo de mi edad, Michel. Françoise, amable vendedora en Le Chat Noir, una zapatería situada cerca de las antiguas Halles, se sentía conmovida por el hecho de que papá se viera siempre obligado a comprar un par, cuando solo calzaba el izquierdo. Fue esa emoción la que logró resquebrajar el guijarro de su corazón, permitir que irrumpieran en él ciertas promesas, un viento cálido y otras ternuras, y papá, me atrevo a decir, saltó a pies juntillas en los brazos que ella le abrió.

Con dieciséis años, seguía creciendo.

Por entonces medía un metro sesenta y cinco, pesaba cincuenta y dos kilos —los pantalones me sentaban como a Twiggy, según la vendedora de las Nouvelles Galeries—, había cambiado mi peinado por una esponjosa cola de caballo. En París, los adoquines volaban por los aires, se prohibía prohibir, gritaban haz el amor y no la guerra, y yo estaba completamente de acuerdo, ya lo creo; un guapo chico algo mayor que yo hasta me lo había propuesto, después de algunos besos y una caricia osada, pero todavía no me atrevía a entregar lo que solo ofrecería una vez.

Aquel año, a causa del desmadre generalizado, los exámenes de bachillerato fueron solo orales, y la gran mayoría de los estudiantes de secundaria se sacaron el bachiller a principios de verano.

En septiembre, papá se casó con Françoise. Michel se convirtió en mi hermanastro. Todo era sombrío en él. Me miraba sin verme. Nunca fuimos amigos, solo conocidos.

Finalmente nos instalamos en las afueras, en uno de aquellos chalés nuevos con jardín, espacioso cuarto de baño, cocina equipada y chimenea de gas que, según papá, habría podido hacer feliz a mamá. Pero fue antes de todo aquello. Antes de Anouk Aimée. Antes de Jean-Louis Trintignant. Antes de la playa, el Mustang blanco y la música de Francis Lai.

Con casi diecisiete años, me enamoré de Steve McQueen después de ver *Bullitt* en Le Royal, y de Jean-Marc Delahaye tras oír cómo interpretaba «Mamy Blue» a la guitarra.

Me resultó más fácil entregarme al segundo chico.

Todo sucedió en su casa, en la estrecha cama de su pequeña habitación de adolescente, pegatinas de Castrol, MV Augusta y Yamaha en la puerta, pósteres del piloto Giacomo Agostini clavados con chinchetas en el techo: un romanticismo loco. Cuando Jean-Marc se apartó, feliz, atento, y empezó a expresar con palabras lo que acabábamos de vivir, me vestí a toda prisa y hui.

En la calle reía, cantaba, bailaba, un coche que circulaba a toda velocidad me rozó al tiempo que tocaba el claxon, y supe, mamá, que ese día estabas cerca de mí, que bailabas conmigo, que por fin era tu amiga.

Volví a casa con las mejillas encendidas, y John Silver el Largo no rompió nada.

Solo dijo: «Parece que llegas sin aliento, Martine» —Dios, cómo detestaba mi nombre—, y yo empecé a sollozar, le respondí que echaba de menos a mamá, que el dolor no se atenuaba; se levantó, vertió un poco de licor de grosella en un vaso y le añadió vino blanco, lo dejó sobre la mesa. Dijo: «Lo siento mucho, hago lo que puedo, Martine. Sé que solo se tiene una madre, y que ella estuvo aquí, con nosotros, muy poco tiempo».

Después llegaron Françoise y Michel. Pusimos la mesa, calenté el gratinado y preparé una ensalada; hubo un parloteo chillón. Françoise contó cómo le había ido el día en Le Chat Noir, papá la escuchaba sonriente; Michel habló de la Mobymatic que soñaba tener algún día, «con doble embrague Dimoby y regulador, casi cincuenta y tres kilómetros por hora, ¿te das cuenta, Henry?» —Henry es papá—, y papá lo escuchaba con amabilidad mientras me miraba a hurtadillas. En su mirada, por primera vez, pude leer cuánto me quería.

Michel y yo nos manteníamos alejados el uno del otro lo máximo posible; ningún mal rollo, solo indiferencia.

En cuanto a Françoise, tenía la elegancia de colgarse siempre del brazo derecho de papá, de caminar por el lado donde un obús se había llevado su pierna, cerca de Palestro, en la Cabilia. Era su muleta. Era su ala protectora.

Papá la quería, pero era un amor muy diferente del que lo había consumido con mamá, me he dado cuenta con el tiempo.

Con mamá, él había sido una fragua, hierro que se bate, frenesí, chispas, quemaduras y bálsamos. Había sido una pasión carnal y sin límites, hasta la metralla argelina: el cuerpo roto, privado de exaltación y de canto. El goce había dado paso al silencio. La impotencia carcomía.

Y cuando mamá volvía a casa con las mejillas encendidas, no por haber traicionado al lisiado, sino por haber conjurado la pena, era su pierna ausente lo que atizaba su fuego; entonces intentaba apagar las brasas con alcohol, pero las heridas se inflamaban todavía más. Creo que gritaba porque tenía miedo. Rompía cosas porque su cuerpo estaba roto. Porque su corazón estaba hecho trizas.

Con diecisiete años, vi que mi padre recuperaba por fin la sonrisa.